

Juan Carlos Yáñez

*La intervención social en Chile y el nacimiento de la sociedad salarial. 1907-1932*

Ril Editores, Santiago de Chile, 2008, 334 páginas. ISBN 978-956-284-632-5

El siglo XX fue testigo de la irrupción del Estado de Bienestar a partir del trauma de la crisis económica mundial de 1929. Occidente apostó sus cartas al sostenimiento de esta variante capitalista, cuya funcionalidad estaba dada por la cooptación de las clases trabajadoras dentro de las retículas de derechos y deberes, donde el obrero se posicionaba en tanto individuo en relación con la asistencia social oficial, desplazando el ímpetu colectivo y revolucionario del cambio de siglo. Así entonces, se fue institucionalizando una modalidad moderna de control social relacionada más con una hegemonía legitimada sobre los derechos y beneficios que con las vías tradicionales de exclusión y represión.

La obra reseñada en estas páginas es un esfuerzo por aterrizar este fenómeno al caso local, indagando en las variables que confluyeron para dar forma a una suerte de Estado de Bienestar en Chile, tópico que de acuerdo al autor, sufriría un profundo vacío historiográfico.

*Intervención Social en Chile* se organiza en base a tres niveles interconectados desde los que desgajan los seis capítulos que componen el texto. En primer lugar, figura el estudio del *Descubrimiento* u objetivación realizada por los sectores dirigenciales desde fines del siglo XIX, respecto de los problemas laborales y urbanos generados por las nuevas modalidades de producción y migración campo-ciudad. En este des-ocultamiento del rostro nuevo que adquiriría el mundo popular, habría jugado un rol central la Oficina del Trabajo, creada en 1907, cuya labor estadística permitió la erosión de los antiguos paradigmas que la elite habría heredado respecto de los pobres como una masa indiferenciada y atravesada por vicios superiores. De este modo, esta institución “*fue la encargada de mostrar a los cuadros políticos-administrativos la existencia de problemas sociales que, obviamente, tenían una existencia real pero que recién estaban siendo construidos social y discursivamente*” (p. 69).

En un segundo plano se despliega el análisis de los intentos de intervención sobre este campo social recién descubierto. El Estado parlamentario habría cristalizado la cooptación de las fuerzas proletarias por medio de una legislación de protección obrera. El acento está puesto en los periodos de crisis salitrera y en la consolidación de un Servicio de Colocaciones y Bolsas de Trabajo desde 1914. Estas instancias se habrían convertido en recursos del poder para distribuir el derecho al trabajo entre aquellos sujetos que cumplieran con el perfil del trabajador disciplinado, según los requerimientos modernos de producción minero-industrial. Sobre este vértice común habrían coincidido los intereses de los empresarios, del Estado e incluso de los trabajadores asociados, quienes habrían traducido tales beneficios como conquistas tras sus luchas épicas. Así entonces, el mundo popular se habría escindido entre los pobres indisciplinados y marginales, por un lado, y por otro, los trabajadores asociados.

Por último, Yáñez dedica los capítulos finales al examen de la institucionalización de tal objetivación e intervención respecto al naciente campo de lo social. Este escenario comenzaría a delinearse tras la aprobación de las leyes sociales en 1924; la creación el mismo año del Ministerio de Higiene, Asistencia, Previsión Social y Trabajo; la aparición del Ministerio de Bienestar Social en 1928 y el Código del Trabajo en 1931.

En términos generales, *Intervención Social en Chile*, es una obra ordenada en su estructura formal en la que se respeta la exhibición convencional del Estado del arte, los objetivos, la hipótesis, las fuentes a utilizar y el tipo de metodología escogido. Desde un principio queda en evidencia la delimitación precisa y bien definida de su terreno de estudio, que se asocia con el fenómeno de la intervención social en Chile. El autor la entiende como “*la acción desarrollada por el Estado en el contexto del conjunto de problemas que surgen hacia fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, y que se conoce como cuestión social*” (p. 17).

El eje temático de la obra y el modo de abordarlo con documentación pertinente y suficiente, se convierte en un aporte contundente a la discusión historiográfica sobre la formación del Estado Social por un lado, y por otro, sobre la gestación de un nuevo estrato popular como lo es el sector obrero y su respectiva identidad proletaria. Merece subrayarse el esfuerzo de conexión entre ambas riberas históricas que han tendido a ser analizadas por separado, de modo tal que el libro configura oportunamente una Historia Social de la etapa formativa del Estado de protección social en Chile, integrando a este enfoque, el nacimiento de una identidad laboral apoyada sobre la respectiva iniciativa interventora del Estado. Los cruces son continuos y la obra transita con decisión sobre un terreno escarpado y sin una guía preestablecida, ya que, después de todo, solo en los últimos años las corrientes de la Historia Social –y Cultural– han retomado campos abandonados por estas perspectivas de análisis como lo es la alta institucionalidad oficial.

Este proceso de formación social de un Estado interventor se contextualiza en la necesidad de control social urgente ante lo movediza que se tornaba la clase trabajadora, ya sea por la migración permanente, ya sea por los índices crecientes de organización e ideologización. Aquí, el relato y la postura del autor se apoyan constantemente en fuentes contemporáneas emanadas desde el sector dirigente, como memorias de prueba, prensa y fundamentalmente el Boletín de la Oficina del Trabajo. Pese a la profunda diversidad documental, se logra una sistematización adecuada de esta información basal, de cara al sostenimiento argumental de la propuesta central.

Sin embargo, el capítulo cuatro, titulado “Crisis social e identidad laboral”, pareciera extender más de lo esperable las conclusiones. En este punto, el autor estudió con detención las cifras preparadas por la Oficina del Trabajo respecto al movimiento obrero tras el cierre parcial de la industria salitrera en el Norte Grande. Junto con ello, destacó la visión crítica de *El Mercurio* de la época sobre el flujo migratorio obrero en plena crisis del salitre, poniendo el acento en el retorno escaso de los cesantes a sus lugares rurales de origen. Estos sujetos habrían preferido permanecer en las principales ciudades de la zona central en busca de un trabajo de carácter urbano, principalmente en la industria y en obras públicas. Así pues, el autor colige la consolidación de una *identidad obrera*, que desplazaba la antigua conciencia de gañán o campesino habituados al trabajo estacional y la complementariedad de labores productivas. En cambio, desde entonces iría asomando el concepto de *cesante*, asociado al trabajo único y permanente: un concepto por lo demás, objetivado por el Estado y subjetivado por el proletario.

En este contexto de economía salitrera ¿qué tan efectiva resultó la modernización de la identidad en la mano de obra local? Si bien es cierto se rastrea con exactitud documental el andamiaje de una burocracia que presionaba “hacia abajo” por la aceptación del perfil del “buen asalariado”, ¿se puede argüir la incorporación plena en la identidad obrera de estos nuevos códigos conductuales? En este aspecto, el relato se hace un tanto lineal y carente de matices. La apuesta del autor apunta más al corte que a la continuidad con el pasado rural y

sus ritmos de trabajo. Prácticas de trasgresión laboral como el mítico “San lunes” habrían sufrido un revés decisivo con el establecimiento del contrato de trabajo y la “conquista” de la jornada de 48 horas. Es tajante en señalar la difusión final de esta cultura laboral moderna en el estrato obrero y la aceptación de la legislación social promulgada a fines de este periodo. En definitiva, no es coincidencia que en el subtítulo de la obra se haya descartado el concepto thompiano de “formación”, escogiendo en cambio el de “nacimiento” de un nuevo sujeto social.

Hubiese sido interesante el sostén de estas premisas sobre fuentes emanadas de los mismos sectores implicados, como pudo ser el caso de la prensa obrera. Si bien es cierto, se hacen alusiones a algunos de estos periódicos, se siente la ausencia de una mirada a la identidad obrera que trascienda las cifras y análisis que entregan los boletines y la prensa oficial.

En suma, *Intervención social en Chile*, abre una ventana hacia una veta de estudio poco explorada como es el inicio del Estado de protección social en Chile, además de proponer una perspectiva de historia social del Estado moderno local, lo que sin duda, transforma este trabajo en un referente imprescindible para un tratamiento serio de este eje temático.

VÍCTOR BRANGIER PEÑAILLO  
Universidad de Chile